

*In memoriam. Alberto Schommer. Julio López Hernández (25 enero 2016)*

Con un moderado calor en el ambiente, cierta congoja y un sentimiento de soledad, acentuado en la época estival por la mudez en las tardes de sus lunes que no tienen el aliciente de las reuniones en la Academia, recibí la noticia, inesperada y triste, de la muerte de Alberto Schommer.

Ocurrió un jueves 10 de septiembre último en su casa de San Sebastián, en la misma donde dos años antes moría su inolvidable mujer, Mercedes. Entonces fue él el que me lo comunicó por teléfono. Su voz era tan entrecortada e impregnada de doliente asombro que me hizo percibir lo importante y lacerante que fue para Alberto este trance. Después vendría a la Academia con las señales profundas de su pesar.

La última vez que lo había visto lo había llevado a su casa en mi coche. Había acabado la sesión académica y en su charla se dejaba notar un sentimiento de clara preocupación, porque sus carencias físicas le sumían en una incapacidad para moverse, así como para estar alerta en todos los asuntos que se debatían. Se lamentaba de no participar más y mejor en nuestras reuniones semanales. Llegados al pie de su portal nos despedíamos no sin antes, como hacía siempre, recomendarme que cuidara mi tos.

A pesar de su vitalidad maltrecha, cargada de tristeza, se animaba él mismo para hacer realidad un antiguo sueño. Yo creo que el deseo de mostrar su obra en un espacio de proyección social más amplia e informativa le ilusionaba. Logró exponer en el Museo del Prado, en diálogo abierto con personajes históricos pintados al óleo. Enfrente de ellos, en una sala larga y profunda, colgó su retratos de fuerte expresionismo: una pequeña galería de individualidades que marcaban firmemente unas

diferencias, tanto sociales como fisionómicas que, llevadas por un arrebatado emotivo y gráfico, dejaban patente que en nuestra existencia se daba un mayor conflicto. Los tiempos eran otros y esto se manifestaba en ambos casos con suprema claridad.

Otro caso que ahora percibo y que marca su acendrada profesionalidad es el que le permitió, como prolongación a su exposición, realizar un reportaje encargado por el diario *El País* y de indudable conexión con el momento de preocupación social que se vivía.

Fue un trabajo que Alberto elevó a la categoría de la obra bien hecha e incisiva. Los políticos más notables del momento debieron sentirse fantásticamente representados bajo el título que les dio Alberto, al retratarles con las manos abiertas y limpias sobre un fondo oscuro, casi negro, iluminados desde arriba y con el lema de *No oculto nada*.

Formulaba así un acto de introspección hacia sus almas que alcanzó una gran significación, motivando incluso que alguno de ellos no quisiera posarle.

Había tenido recientemente un detalle de delicada sensibilidad con los familiares de nuestro querido compañero José Hernández. Durante la celebración de su sesión necrológica les hizo entrega de una soberbia fotografía cuyo original custodiaría él mismo durante mucho tiempo.

Alberto fue un hombre alto, de una sinuosa delgadez, tirando a rubio, con un cierto movimiento en su cuerpo que, inclinándolo un poco hacia abajo, confirmaba un saludo afable.

Dos manos finas y con suaves transiciones entre una posición y otra, muy frecuentemente con las palmas también abiertas, ahora no queriendo ocultar nada, deseando conducir la luz, convertidas en unas virtuales pantallas, podían iluminar lo más oscuro del ser que retrataba.

Lo recuerdo parándose después de andar, no sin trabajo. Sus hombros se venían hacia delante y todo su cuerpo descendía hasta el suelo con solemnidad, para permanecer después quieto esperando una respuesta.

La mía es ahora la de desearte paz y acompañar a tus familiares con afectuosa cercanía.

Con Alberto he tenido encuentros sucesivos, algunos distendidos, de cotidiana proximidad. Otros, por motivos de mayor calado, piden ser recordados de un modo más preciso. Entre ellos, me gustaría destacar lo que el tiempo no va a borrar, porque tiene la capacidad de mostrar un conocimiento agudo y compartido de su personalidad como fotógrafo.

Viene a mi memoria una de las primeras citas con él. Modelaba yo entonces la figura de Luis Pérez Mínguez, aquella perteneciente al grupo de *Retrato dividido*, en el que Alberto introdujo una anécdota significativa. Vino con sus instrumentos y nos fotografió incorporándose al retrato mediante la inclusión de un espejo en el que él aparecía reflejado. De este modo, la imagen que tomó incorporaba hasta tres personas con su máquina de retratar en las manos: Luis persona, Luis Escultor y Alberto reflejado e incorpóreo.

Desde ese momento y en ocasiones distintas, he podido escribir sobre aquello que en todos esos encuentros parecía explícito: su alta realización

profesional y el tiempo que vivía como observador de la realidad. Para mí fueron momentos plenos, colmados de significados y muy esclarecedores de la intrincada relación entre el arte y vida.

Por ello, creo que me está permitido transcribir, sin ningún deseo de alardear pero sí con afán de dibujar mejor su personalidad, con matices que interpretaban bien lo que entonces yo pensaba y que considero todavía vigentes.

El primer caso se refiere a sus inicios como fotógrafo y lo dejé referido de la siguiente manera:

### ***Ilusión infinita.***

*Un día de invierno, ya sobradamente iniciado el atardecer subía yo en la cabina de un ascensor, cuyos cristales biselados, enmarcados en viejas molduras que, delataban, en sus tersas superficies, las muchas lacas y barnices que soportaron durante años. A la altura necesaria, ya parados, la cancela de hierro forjado que protegía su trayectoria, se abrió con un manillón que se manipulaba con manifiesta holgura y pude entrar en casa de Alberto Schommer. Se notaba que la vivienda, ya con solera, todavía era cuidada con esmero.*

*En una caja de cartón, aplastada pero de generosas dimensiones, roja e impoluta, sin abolladura o golpe alguno, envueltas en unas bolsas de papel, se encontraban unas bellas fotografías que deseaba enseñarme.*

*Nada más empezar a verlas, pensé que sería necesario tener, al menos, sesenta años de edad, para que el contemplador pudiera evocar su propio pasado como ellas evocaban el suyo.*

*No podemos olvidar que la fotografía 'ese espejo de metal tornasol', se convierte en la verdadera memoria 'de un instante aunque luego arde como una candela para quien lo mira'.*

*Alberto me mostraba un trabajo que se perdía en el tiempo. Eran fotografías recuperadas de un pasado que, en referencia a su trayectoria profesional, me hablaban de ese prodigio que se produce cuando el autor de una obra de arte, siendo muy joven, con una ilusión infinita y los recursos técnicos y conceptuales precarios, puede alcanzar algo superior gracias a una misteriosa e inocente fuerza que vence todos los*

inconvenientes. El premio para aquella limpia ilusión se apreciaba claramente.

Al ir viendo las obras el autor me decía que, quizá, los tiempos de exposición para fijar la imagen no eran los adecuados, la luz se aceptaba de la manera más natural, sin énfasis ni artilugio de ayuda alguna. Aunque, eso sí, apreciaba un encuadre dirigido con intuitiva veracidad.

Había retratos de familiares en interiores iluminados –‘mira, con una sola bombilla’ me decía- cuyo empaque en su apostura indicaba que posaban con un concepto de permanencia. Querían que aquel momento perdurara y hoy vemos que su mirada penetra en nuestra actualidad. Nos interrogan y, en alguna medida, son jueces de nuestro comportamiento. Pero lo hacen sin crispación alguna. El amor y complacencia que muestran los hace superiores. Las calles de su Vitoria natal permitían a los niños corretear por ellas. Sus juegos, con movimientos más o menos agitados quedaban fijos en imágenes emulsionadas que delataban fugaces desenfoces.

Una interna dinámica multiplicaba los perfiles de las figuras y sus manchas, inocentes entonces; se hacen cómplices de los conceptos que hoy acompañan a muchas de las obras que se hacen. El misterio de lo evanescente empezaba a mostrarse con pleno derecho. Actualmente vemos como esta visión precipitada de la realidad se carga de razón para pertenecer a ese campo de la creación fotográfica.

El blanco y negro de unas imágenes, en principio nítidas y descriptivas, por efecto de una degradación del papel, quedaban invadidas por manchas multicolores que acentuaban su misterio, haciendo que aquella realidad se alejara de nosotros pero, sobrepasándonos.

Parecía que el paso del tiempo había interferido igual en la evolución de nuestro físico y nuestro pensamiento como en el significado o simbología de las imágenes, a través de su materia. Nosotros, como seres sensibles y ellas, las imágenes sin cuerpo, caminamos en paralelo, asumiendo los cambios que nos impone un mismo tiempo, común y compartido.

Es el caso contrario al retrato de Dorian Gray, donde los cambios vitales de un ser, que, sorprendentemente permanece inalterable, se manifiestan solo en su doble, en la materia inerte.

Al autor de este trabajo que ya, por el tiempo transcurrido, parecía de otra persona le alegraba y le revitalizaba su capacidad creativa, las muchas ‘lacas y barnices’ de su ya larga actividad profesional relucían con inusitada ilusión. Se manifestaba un discreto alborozo, el que siempre acompaña a un esperanzado comienzo.

Me imagino el largo recorrido que Alberto tuvo que hacer para llegar aquí, hasta convertirse en su propio coautor. Su espíritu y su técnica debieron atravesar regiones y espacios donde el talento y su producto, si

*son superiores, sobreviven. Si no es así, todo queda preso de engañosas conquistas. Éstas llegan a ser como ciénagas pegajosas que atrapan los mecanismos de huida. Pero Alberto, no fue finalmente varado en ninguna playa del conformismo o autosuficiencia aniquiladora.*

*Juntos vimos cómo, en un trabajo de juventud, la ilusión y el sueño, la alegría y la gravedad, el pasado y el futuro, el movimiento y la quietud, la técnica y el juego pueden convivir iluminados por un pensamiento ya colmado y una mirada sin tiempo. Alberto fue mayor entonces y ahora sigue igual. (Julio López Hernández Escultor y Académico. Madrid, 5 de febrero de 2007).*

En otra ocasión tuve necesidad de hablar de otros conceptos que formulé de la siguiente manera:

*El artista global que es le permite desdoblarse y, partiendo de aquellos primeros retratos familiares que iluminaba con una sola bombilla –así me lo dijo en alguna ocasión–, llegar a retratar paisajes históricos, ciudades con ancestrales significados, arquitecturas que muestran sus enigmáticas formas, silenciosas en algunos momentos y pletóricas de expresividad en otros.*

*En su obra se hace presente también su incursión en el mundo político y social de nuestro tiempo. Sus fotos psicológicas dicen mucho de la zozobra que caracterizaba el período anterior a la transición democrática. Si uno mira sus libros se da cuenta de que los personajes que allí aparecen están poseídos por una distorsionada ilusión y un confuso anhelo. Parece lógico que desembocara en esa galería de máscaras, que, desposeídas de los símbolos que antes las acompañaban, se nos muestren con una patética perplejidad. Son personajes, sin norte, que todavía miran hacia sí mismos, sin saber muy bien lo que ven.*

*No podemos olvidar tampoco su gran técnica. Lo recuerdo espigado, alto, moviendo pantallas con sus largos brazos para conducir la luz. Como un moderno ‘Apolo’, alejando o acercando focos que le permitieran estudiar los encuadres con pequeñas y previas pruebas. <<¡Pero mira! – me decía saliendo al patio del estudio–, también me gusta, quizá más, esta luz lejana, encauzada por altas paredes, que es tenue, firme y silenciosa y que se posa sobre los objetos con ternura.>> Una luz que parece provenir de un antes y un más allá de los aparatos eléctricos y que llega a nosotros con un aliento especial.*

*Tras esperar unos instantes para que todo madurara, que cada cosa buscara su sitio y la luz rozara los objetos y las personas con su aleteo sutil y cadencioso, entrábamos de nuevo en el estudio y, poco después,*

*Alberto, coordinando sus dos luces, la de adentro y la de fuera, dejando que esta metáfora tomara cuerpo, lograba hacer el nuevo retrato.*

*Un aspecto curioso de mi relación con Alberto es que muy a menudo descubro alguna conexión con mi trabajo.*

*Apropiándonos de lo que alguna vez dijo Goethe, podríamos convenir el que <<mis manos quieran ver y sus ojos quieran tocar>>. También otros autores contemporáneos como Pável Floresnskij en 'Lo spazio e il tempo nell'arte' (Milán, 1995), o Delfín Rodríguez en 'El peso de la ausencia en la escultura de Julio López Hernández' o Juhani Pallasmaa en 'Los ojos de la piel', para mí el de última lectura, han tratado de establecer el equilibrio entre ambas formas de percepción de los objetos, entre lo táctil y lo visual.*

*Mi labor en el campo de la numismática centrado en las medallas me ha conducido muchas veces a trabajar con parecida progresión. El personaje que aparece retratado en la medalla es prioritariamente el protagonista de este género artístico que se desarrolló en el Renacimiento, cuando se marcaron con mucho acierto las bases para profundizar en la personalidad del retratado. Alcanzada su tipología, se establecieron los dos espacios que, complementándose, darían cabida a todos los motivos que conformaban el tema. Por un lado el anverso, donde se trataba de dar forma sintética a un busto, en ocasiones tan solo a la cabeza de un personaje; por otro lado, el reverso, el espacio donde se dejaba marcada la gesta vital, la aventura humana de dicho personaje.*

*Alberto ha sabido conjugar estos dos aspectos del ser humano introduciendo en su obra un acento psicológico a la vez que simbólico. Podría pensarse que quiere tocar con sus ojos, que son luz, el modelado de un rostro que yo quiero iluminar, tocando con mis manos, la materia.*

Ahora, quisiera leerles a ustedes lo que se refiere a la escultura que tiene su pequeño comentario. La escultura se titula:

### ***La edad de la caricia***

*Todo fue porque Alberto se olvidó, por breves momentos, de Brancusi. Hacía un corto panegírico en una sesión de la Academia sobre la exposición que el Reina Sofía celebraba en honor de Stieglitz, el fotógrafo coleccionista de arte.*

*Al no citar la escultura 'La musa dormida', yo le corregí amablemente y fue motivo de que nos entregáramos al escultor rumano más que a ningún otro artista. Observábamos cómo su obra se convertía para nosotros en un vuelo suave y pulimentado hacia un ideal sin tiempo.*

*Trabajaba con la parsimonia perenne de la caricia y a mí me hizo recordar la claridad griega, siempre igual y siempre limpia.*

*Una fotografía, buena pero sin nombre de autor, que siempre está recostada sobre mis libros en la estantería, quiso unir su mensaje al tema de nuestra conversación. Es una musa dormida, obra griega del Museo de las Termas. Su belleza es poderosa, clara y profunda, nítida y temblorosa. Todos sus detalles se perfilan con energía, pero su luz la deja tan pulida como la de Brancusi.*

*Alberto, sin tenerla tan presente como yo, pero con su generosa entrega hacia las cosas bellas, unió su entusiasmo al mío y los dos juntos, al del fotógrafo famoso por el mármol terso y luminoso que habría comprado para nosotros. Dos tiempos diferentes nos hacían el mismo regalo.*

*Lo comentamos más de una vez y en cierta ocasión, en una visita a su casa, reparé en unos retratos de Merche que Alberto había tomado tiempo atrás: mejor dicho, mucho tiempo atrás, pues me pareció que Schommer había retratado allí, ahora con los ojos abiertos, la musa griega. Retratar un mármol y que éste te mire con claridad y dulzura sólo se consigue si eres perenne en la caricia, si mantienes tu fidelidad a prueba de tormentas y zozobras.*

*Las manos de un hombre mayor, contenidas en un gesto de ternura que deforma su anatomía primera, para solamente querer ser el temblor de los años mirando a un mismo fin, fueron el motivo de realizar una obra que desde hace años Alberto me pedía.*

*Vino a mi estudio a posar junto al barro que reproducía a Merche. Le dije que la tocara, porque su cara yacía apoyada sobre un plano, impregnada por la ensoñación de un pasado feliz. Él con su roce quiso, en cierto modo, que levitara.*

*Después de entregarle un bronce, al salir de su casa, recordé la puerta de su ascensor que, por su continuo manejo, se cerraba con holgura y ya en mi estudio, a la derecha de la cancela de entrada, retoñaba por tercera vez la planta de acanto.*